

Precio de suscripción
Murcia: Un mes. . . . 1 peseta.
Resto de España, un
trimestre. 3'50 id.
Precio de la venta
5 céntis. ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:
SAURIN, 4.—MURCIA.

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Publicidad
ANUNCIOS DE TODAS CLASES
PRECIOS SEGUN TARIFA.
TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS
DEBEN DIRIGIRSE
AL DIRECTOR GERENTE
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Año I

MURCIA.-Viernes 21 de Septiembre de 1906

Núm. 19

SERVILISMO CEREBRAL

Dormidos siempre para todo lo que significa progreso, cualquiera iniciativa que se aparte un tanto de los caminos consagrados por la costumbre, nos sorprende y absorbe. Cuantos hechos ocurren en la vida diaria, por fuerza, tienen que suceder con arreglo al patrón establecido, pues de lo contrario, haciendo nacer en los espíritus dudas y recelos sobre la conveniencia de su realización, los proyectos se quedan en estudio, los autores burlados y el país que había de experimentar sus beneficios con las ganas de trabajar por su progreso y con el propósito firme y decidido de impugnar todo cuanto le presenten que no sea conocido.

En la actualidad, en medida determinada, se experimenta fenómeno tan anómalo. Los obstáculos y trabas que componen las armas ofensivas de la impotencia, ocultas tiempo prolongado en las lobreguezes de su misterio, vuelven de nuevo a la vida batallona de la política, sin más fines que los de servir como valladares infranqueables a las prácticas modernas, a esas prácticas que no dejan dormir ni sosegar a determinados elementos y que, entre otras muchas ventajas, tienen la ser enemiga encarnizada y cruenta del oscurantismo y del fatalismo resignado del populacho. Y como su misión única y exclusiva se reduce a obstaculizar todo lo que pueda servir de punto de apoyo a lo novísimo para combatir el atraso, las escaramuzas sociales-teológicas menudean, los encuentros político-dogmáticos se repiten y las palabras de que «son obras en las que el espíritu de los filósofos de la enciclopedia toma parte», se multiplican hasta lo inaudito, engatusando a pisaverdes atontados, a viejos cansados de pensar por cuenta propia y a mujeres, que por su condición especialísima, las acatan sin discutir.

Ya que a las obras del gobierno actual no pueden presentarles reparos basados en la justicia, los vociferos de una moralidad que ellos mismos no practican buscan otros medios más fáciles y mucho más practicables: hacer creer al pueblo cosas inexatas y que van contra el espíritu fundamental del programa político del Ministerio. De ahí proviene, que, cuando una medida cualquiera se anuncia, lo primero que buscan esos aprovechadísimos guardadores de la conciencia nacional, es la calumnia que sirve de veto a la mejora y que produce el efecto deseado, como ha sucedido en cuantas ocasiones la nobleza se vió en lucha con la arteria.

Ahora mismo, con el asunto del matrimonio civil, tenemos algo semejante. Desvirtuado completamente el impulso inicial que motivó la derogación de la R. O. del marqués de Vadillo, la inmensa mayoría de las personas creen que lo hecho es cosa anticatólica, esencialmente atea, y si alguien se atreve a insinuar que no fué más que restablecer algunos artículos del Código injustamente declarados sin valor por el famosísimo aristócrata, la sonrisa más despreciativa se marca en los labios y todo el vocabulario de epítetos apropiados para el caso hiere los oídos del imprudente.

¿Por qué semejante estado de cosas? La respuesta es sencilla y muy al alcance de todo el mundo. Acostumbrados a dejarnos llevar conforme convenga a nuestros «maestros de moralidad», sus gestos, sus palabras y sus gustos se adaptan a nosotros, y sus pensamientos, insensiblemente, substituyen a los de nuestra pertenencia, hablando, discutiendo y pensando por cuenta ajena. Así ocurre que, apenas la impugnación de un suceso sale de sus labios, la hacen propia y la repetimos, únicamente porque carecemos de valor para romper los lazos que nos hacen esclavos de aquellos que poseen intereses contrarios a los nuestros.

Esto no obsta para que, siempre que la ocasión se presente, hagamos alardes de ser hombres sin preocupaciones y protestemos contra el servilismo cerebral—peor mil veces que el otro—y digamos lo que haremos y desharemos algún día... ¡Nuestra actividad, es sabido, no tiene empleo más que en estas minucias oratorias y no pensamos ya más que en estas ridiculeces de latiguillo!

¿Hablamos de nuestra apatía que admite esas cosas, y combatirlas, y matarlas... ¿Por qué? ¿Hemos, acaso, dejado de ser españoles?

PLUMAZOS

SI, REFORMEMOS...

Si efectivamente, como dijo Victor Hugo, pensar es comer, a estas horas los españoles tendríamos resucitados la mayoría de los problemas que a todos nos traen de cabeza.

Quizás pensando en esto se le ha ocurrido a un buen señor—a la moda francesa—proponernos la reforma, harlo peregrina, de nuestra pecaminosa ortografía, esa ortografía mal avenida con las hermosas, y cuya falta casi absoluta en toda epístola femenil, proporciona tan encantador saborcito a toda carta de toda mujer, máxime si la mujer es bonita. El venturoso reformista de la ortografía castellana cree, y sus motivos tendrá para ello, que se ganará mucho con la supresión de la v, la y, la h y la k, y hasta que el número de analfabetos disminuirá considerablemente.

Yo creo lo mismo que el donoso «reformador»; es más, estoy hondamente persuadido de que si hiciéramos más radical la reforma, acabaríamos por desaparecer esa división «analfabética» que hoy subsiste, y todos rayaríamos a la misma altura. Si, la reforma debe hacerse, suavemente, blandamente, mansamente: primero se suprimirán esas cuatro letras discolas que tantas angustias producen a la juventud y al bello sexo en todas las edades; después suprimiremos todas las letras, y habrá desaparecido un irritante privilegio, y el problema del «analfabetismo» estará resuelto.

Y si después logramos hacer desaparecer «la funesta manía de pensar», habremos conseguido nivelar desigualdades, y que desaparezca la autocracia de la «intelectualidad»... Y aquí paz...

Lo menos que hoy se puede pedir son: igualdad ortográfica ante la Gramática, é igualdad en el no pensar, ante el sentido común, esa tarjeta en blanco que cada cual emborriona a su modo.

CELSO DE VIVERO.

¡VENGAN SUSTOS!

Como si ya no tuviésemos bastante con las conflagraciones que nos anuncia Morote, con las «partidejas» carlistas que se han lanzado a los campos a esparcir el espíritu y con los «días de luto» que se avecinan, ahora se nos cuela de rondón en Barcelona la peste bubónica, según nos anuncian los diligentes reporteros.

Menos mal que en España nadie piensa ya en conquistar las alturas de Sierra Bullones, ni nadie se siente con fuerza de dar un segundo abrazo de Vergara, ni a nadie le asusta el luto de días próximos, que si no, era cosa de ir pensando seriamente en la bubónica peste (transposición moderna) y tener preparados todos los asuntos de este bajo suelo.

Pero ya verán ustedes como eso de la bubónica ha sido, un puro juego (tal vez de bolsa), mal oliente, es verdad, pero que habrá venido a turbar la paz augusta de los días caniculares, cuando la moda nos hace soñar en fantásticas humoradas carlistas y fabulosas empresas allende el Estrecho.

Afortunadamente, aun nos queda algo bueno de nuestras grandezas pasadas: reinos del miedo.

CRÓNICA

EL IDILIO DE MAD. DU GAST

Esta señora, que de las alegrías del vivir prefiere, como buena mujer, aquellas amasadas con amor y misterio, vuelve al Mogreb.

Mad. Du Gast tiene palabra, y con esto quiere decirse que avalora su belleza algo de masculinismo. Unos honrados bandoleros marroquíes, a quienes juró volver a Marruecos sin premuras molestas, la traían desasosegada y cavilosa. Para recobrar el sosiego de conciencia, renuncia la gentil rubia a París y a los parisenses, y ya viaja con rumbo a Tánger.

El recuerdo de las dos semanas que durmió—si no mienten las crónicas—en el duro suelo, sin desnudarse, devorada por insectillos descorteses, no fué parte a entibiar sus ardores de exploradora. El amor a lo ignorado pudo más que su narcisismo de hembra lozana y apetitosa. Volverá a no desvestirse en catorce días por desagradable que esto le sea; y por la nieve de sus carnes correrá otra vez una tropa de bichitos bulliciosos. Todo tiene su encanto: lo que en París resulta desagradable, quizás sea una coquetería en Marruecos. Por lo menos, esta fué la coquetería del ascetismo.

Además, esta señora, que por algo es joven y no sé si soltera ó viuda, tiene su idilio. Un «adorable bandido», el Valiente, a quien ella juzga soberbio, generoso y no sé si algo más, preparó el espíritu de la hermosa para las hermosuras del querer. Y luego el kaid de Anghera habló al sensible corazón de la dama en el lenguaje que entienden todas las mujeres, aunque ninguno las haya adoctrinado anticipadamente, porque piden sentimientos y no demandan razones.

Mad. Du Gast no padece la tiranía del hombre; el kaid de Anghera reparte sus días—¡Alá es grande!—entre treinta y seis esposas; ¿cómo evitar el idilio? ¿Por qué no adorarse? El Romeo marroquí y la Julieta parisina parece que se han entendido. En lances de amor, hombre y mujeres concluyen por entenderse. Amar es comenzar a ser amado.

Es posible, no obstante, que si el guapo moro renuncia a sus treinta y seis esposas, que a la larga resultarán excesivas en número, le demuestre la gentil francesa que es más difícil vivir apaciblemente con una sola europea que con un rebaño de lindas africanas...

Pero la simpática deportista auna los negocios del corazón y los de la patria. Por encargo de su Gobierno va a dar más activo impulso a la política de penetración pacífica. La belleza es un factor eficaz en el orden político, sobre todo si se auxilia de un criterio moral amplio y generoso.

«Es la conquista pacífica—ha dicho la conquistadora—la colonización por medios prácticos, aunque no exentos de elegancia.»

Los amigos de exagerar pueden creer que la Anadyomene habría sido una excelente diplomática; pero no se trata de eso. Las mujeres, por razones naturales, han aventajado siempre a los hombres en cuestiones de catequización y señorio.

¿El savez-vous pourquoi, ma tante?—explicaba la duquesa de Borgoña a su tía la Maintenon:—C'est que sous les rois ce sont les femmes qui gouvernent, et ce sont les hommes sous les reines. Al caso presente, quizás pueda aplicarse la primera parte de esta extraña conclusión.

Mad. Du Gast, presunta esposa del kaid de Anghera, ejercerá (aparte de las nobles funciones a que la habría de someter este cargo) el apostolado agrícola, aunque sus conocimientos en la materia no la permitan distinguir, según su frase, «un nabo de una zanahoria». Para ello juzga inútil conocer las plantas y los frutos, «pues que basta conocer a los hombres». Tal es, sin duda, la coloni-

zación por medios prácticos, aunque no exentos de elegancia. Confesamos que este novísimo aspecto de la diplomacia supone un enorme adelanto; pero es de temer que en España, donde toda exageración tiene su asiento, haya más de uno que crea imprescindible se sustituya a nuestros cónsules y embajadores por algunas graciosas conciudadanas nuestras, que poseen con holgura la condición precisa.

La causa del progreso está de enhorabuena. A la hermosura se le ofrece otra misión más amplia que la de someter al yugo nupcial a un hombre cualquiera, que aprende así la filosofía del bostezo. El idioma del amor es el indiscutible idioma universal, y la belleza el argumento más blando para rendir los espíritus rebeldes. Los pueblos incullos vendrán a nosotros del brazo de nuestras beldades; y puede ser que en lo futuro, el culto amable a lo bello, en su más bella encarnación, vierta sobre el mundo torrentes de alegría y se abran en los eriales de incultura las aromosas flores de pecado del jardín de Academo...

AUGUSTO DE VIVERO

UN REMITIDO

Hemos recibido uno, firmado por don José Zamora y Martínez, que nos abstemos de publicar, lamentando no poder complacerle, por respeto al público, al Sr. Zamora y Martínez y a nosotros mismos.

Debe tener en cuenta el Sr. Zamora y Martínez que el ser criticado en su labor literaria (?), no debe crisparle los nervios hasta el punto de atribuirse el concepto de cobarde si no protesta, ni descarrillar su buen sentido hasta el extremo de olvidar la lógica, la sintaxis y el conocimiento de que no puede llamarse *alias* a un pseudónimo.

Además, ¿a qué altura se cree colocado el Sr. Zamora y Martínez para declararse intangible?

¿Y de qué autoridad se supone investido el Sr. Zamora y Martínez para conceder patentes de crítico?

Creáenos el Sr. Zamora y Martínez. Está muy bien que concurra a certámenes y sea afeccionado a labores artísticas (?), pero no olvide un momento que quien tal hace, queda a merced como artista (?) de quien quiera juzgarle más ó menos benévola.

¡Vaya, con el Sr. Zamora y Martínez! ¡Nadie hubiera hecho creer a nuestro colaborador Mostaza, que el Sr. Zamora y Martínez se enfurruñaría en vez de quedar agradecido al honor de ser criticado como literato (?) más ó menos maloliente.

DE MADRID

(De nuestro servicio especial)

La ridícula intentona carlista y el Consejo de Ministros celebrado, son los asuntos que sirven de temas para todas las conversaciones.

Las discusiones, como hallan terreno apropiado para desarrollarse, son obligadas en los círculos políticos, en donde se perora de lo lindo sobre los resultados posibles que puede tener la conducta intransigente de los prelados y sobre lo necesario que es oponer a las demasías de la lengua, la firmeza efectiva de las leyes que las castigan.

De las respuestas que los ministros señores Conde de Romanones, Navarro-Reverter y García Prieto dan a los que les interrogan respecto al asunto de la Circular famosa, se desprende que, aunque el temperamento dominante es el de benignidad, no quedará sin su correspondiente castigo el Obispo de Tuy, castigo que consistirá, bien en una amonestación pública de Su Santidad, como en el caso de Cánovas, ó bien en la suspensión de las temporalidades, como en el de Maura, aunque hay quién afirma que este último será el preferido.

De cierto, hasta ahora, no se sabe nada. Se habla de la remisión a Roma de la fórmula acordada por los ministros y se dice que, cuando Su Santidad la apruebe, se hará pública.

Lo único que se conoce es lo que los ministros nos dijeron a la salida del Consejo. Preguntamos lo que se había tratado y

—Como no hay de este punto nota oficiosa—dijo el ministro de Gracia y Justicia—sólo podemos decirles a ustedes que se ha tratado en el Consejo de la circular del obispo de Tuy, tomándose un acuerdo por unanimidad y a satisfacción mía.

—Pero ¿cuál es ese acuerdo?

—No puede saberse hasta dentro de unos días—dijo el ministro de Fomento.

—Lo menos hasta dentro de un mes—añadió el Conde de Romanones.

Del asunto de las partidas carlistas los comentarios son unánimes. Aunque no se cree en la posibilidad de que el movimiento alcance mayores proporciones, por estar el país harto de las patrañas que tanto entusiasman a nuestros abuelos y padres, se considera como muy lógica y dentro de la realidad la juiciosa observación hecha por el «Diario Universal».

Dice el estimado colega:

«Dícese que se trata de una jugada de Bolsa. Podrá ser, aunque sospechamos que pueda ser esa explicación una fantasía imaginada con el plausible fin de disipar temores en las gentes. Pero es muy extraño que esas intenciones, hechas, al decir de sus intérpretes, para fines bursátiles, tomen siempre carácter carlista y no sea republicano ó de cualquiera otra índole que, alarmando de igual modo, despiste a los encargados de perseguirlas; es muy extraño que se forjen siempre en focos carlistas, como si la gente maleante y dispuesta a todo por dos pesetas no abundara en cualquiera parte, y es, por último, extraño que esos movimientos coincidan con la desaparición de algunos de los más caracterizados supervivientes de las últimas fracasadas correrías facciosas.»

Igualmente que el estimado colega, el público madrileño se extraña de lo mismo. ¿Por qué los carlistas y no los republicanos son siempre los que se pretan a esos manejos?...

El mismo periódico lo dice después, hablando de la intentona de ahora: «los instigadores son indudablemente quienes desean que una alarma paralice la obra liberal del gobierno».

Y ¿quiénes son los que ahora están interesados en paralizarla? La respuesta no es tan difícil que no pueda darla el lector.

Madrid 20 Septiembre 1906.

MADRID TRISTE

Los periódicos de la Corte se quejan amargamente de que por los informes de los arquitectos municipales en contra de las condiciones de seguridad de los coliseos, se quedan sin teatros; ó lo que es lo mismo, que el invierno será muy triste.

Tal vez el lamento de los queridos colegas no sea muy justo. No negamos la influencia educadora del Teatro; pero hay que convenir en que el Teatro español no se pasa de largo en este punto, y en Madrid mucho menos, gracias a la ola verde que todo lo ha invadido. Con la clausura de esos teatros habrá ganado en seguridad material el público y el buen gusto, ya que no otra cosa, habrá ganado también.

Además, para entretener los ocios del invierno, están ahí las emociones de ese nuevo deporte tan en boga que se llama «lance» y que tantos partidarios se atrae cada día. Con eso sobra para pasar el rato.

Por acá en provincias, somos más tranquilos y menos bulliciosos, y si no tenemos teatros abiertos, pasamos los